

HARBI ISA.

Manejé hasta la dirección que me indicó Alessio. Se trataba de un country privado, de manera que para acceder debía primero pasar por una cabina de control donde un guardia de seguridad me solicitó mi licencia de conducir y también tomo nota de la chapa del automóvil. Me preguntó dónde iba, entonces le di el nombre y la dirección que tenía la carta. Frunció el ceño como disgustado, lo cual no entendí. Me dio unas indicaciones de como arribar a la casa y luego elevó la barrera dándome paso. El lugar era muy atractivo. Conduciendo por donde iba tenía una vista extraordinaria. Sobre ambos lados del camino se desplegaban vastos campos de golf, canchas de tenis y complejos de entretenimiento para la familia. Estaba repleta de árboles perfectamente alineados con el camino, plantados estratégicamente cada cierta distancia. A lo lejos podía divisar el conglomerado de casas, tanto de un lado como del otro, al final del césped. También podía ver como las casas se erguían al borde de lagos que rodeaban el lugar por completo.

Después de uno o dos minutos de manejo encontré la intersección que debía tomar para llegar a la casa en cuestión. Doblé a la derecha y seguí el camino. Di con la dirección exacta y me estacioné al frente sobre una rampa doble que daba al garaje. Bajé y me conduje hasta la puerta de entrada que estaba precedida por un alto porche. La casa era de dos plantas, esas típicas de los adinerados de la Florida, muy distinta a la de Alessio que era de estilo Europeo.

Toqué el timbre anunciando mi llegada pero nadie acudió a la puerta. Toqué otra vez y tampoco nadie atendió. Salí del porche para ver si veía a alguien por los ventanales de la casa, pero no vi a nadie. Justo en ese momento vi a un hombre salir por el costado de la casa. Era el jardinero. Le pregunté si había alguien y me dijo que no, pero que en cualquier momento llegaba el viejo loco.

–¿El viejo loco? –pregunté instintivamente.

–Sí, a ese viejo le falta algún tornillo –comentó muy fresco– Lamento que tengas que tratar con él.

Lo miré aterrado pues Alessio me había advertido sobre aquel hombre y ahora el jardinero me lo confirmaba.

–Si quieres puedes esperarlo en el parque mientras me haces compañía –sugirió amablemente.

–Bueno... sí... ¿por qué no? –comenté pues tenía que entregar sí o sí personalmente ese paquete según instrucciones de Alessio.

Caminó al frente y lo seguí. Nos dirigimos a una entrada lateral que daba a la parte de atrás de la casa donde el hombre estaba realizando sus labores de jardinería, que por cierto eran extraordinarias. Lucía hermoso y perfecto.

–¿Tu eres el artista de todo esto? –pregunté realmente impresionado.

–Pues... sí –dijo el hombre con cierto orgullo.

–¡Te felicito, eres realmente bueno!

–¡Gracias! –dijo–. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

–Trabajo como asistente de un amigo de este señor Harbi al que tengo que entregarle algo, por eso estoy aquí –comenté.

–Mmm... ya veo –dijo el hombre en una extraña expresión a la cual no le encontré sentido.

–¿Por qué dices que el hombre está loco? –aproveché para preguntarle ya que estábamos conversando amigablemente.

–Lo que pasa es que es un coronel retirado que tiene un carácter de perros, pero no te asustes que en el fondo es muy buena persona. Y si le caes bien entonces no te tratará mal –dijo con gran soltura; al parecer lo conocía muy bien.

–¿Y tú como le caes? –le pregunté.

–Bien, pero al principio fue insoportable.

–Espero que no sea así conmigo porque no sabría qué hacer –comenté.

–Si se exalta no le hagas caso, solo concéntrate en lo que viniste a hacer y listo, eso es todo –me sugirió el hombre.

Asentí pues él era el que le conocía mejor que yo.

–Si quieres puedes esperarlo por ahí –dijo indicándome un espacio con sombra donde había una mesa con sillas y una sombrilla–. O si gustas puedes acompañarme a terminar algo por aquel lado.

Evalué la situación.

–Mejor te acompaño –dije. Entonces el hombre sacó una gorra de una mochila y me la entregó.

–Para protegerte del sol –dijo casi preocupado–. Cuando menos te das cuenta coges una insolación y te enfermas.

El hombre parecía ser un excéntrico de su trabajo, pero era muy simpático y buen conversador. Tenía acento caribeño, probablemente cubano. Era de estatura media; no era ni gordo ni flaco, más bien fibroso, tal vez por su actividad. Tenía ojos marrones y su piel estaba completamente curtida por el sol.

Acompañé al hombre en sus quehaceres y quedé realmente sorprendido. Jamás pensé que un jardinero fuera tan apasionado con su trabajo. El hombre disfrutaba enormemente con lo que hacía. Estaba conectado a la tierra y las plantas, las flores y las piedras, con gran pasión. Le comenté al respecto.

–Todos estamos interconectados –dijo entonces–. Todos y cada uno de los seres vivos, no importa que sea perro, hombre, planta o virus. Aunque la diferencia estriba en que el hombre, por ser pensante, a veces cree lo contrario y actúa en contra de la naturaleza –dijo en un comentario que me sorprendió mucho pues no tenía el estereotipo del jardinero con ese tipo de pensamientos.

–Eso es algo que usted debe sentir por el tipo de trabajo que tiene –le dije como observación.

–No, te equivocas –dijo el hombre seco–. Esto es algo que está más allá de lo que tú o yo podamos «sentir». Es el hecho en sí.

No dije nada, solo cavilé en su pensamiento.

–Bueno, ya es hora de irme –anunció el hombre mientras se incorporaba–. Mañana tengo otro largo día aquí.

–¿Qué hora es? –dije arrebatado.

El hombre miró hacia el cielo y dijo que eran como las seis de la tarde aproximadamente. El tiempo había pasado volando. No me había dado cuenta.

–Creo que ya hay alguien en la casa –comentó mirando hacia la planta de arriba, pues había luz encendida.

–¡Tienes razón, voy a golpear la puerta! –exclamé exaltado.

–Por cierto... –dijo el hombre ya retirándose–. No nos hemos presentado, ¿cómo te llamas?

–¡Es verdad, que falta de atención! –comenté–. Le di mi nombre y le estiré rápidamente la mano para estrecharla con la suya.

–Yo soy Fernando. Pero me llaman Fernandito o simplemente *Dito* –dijo, me deseó suerte y se marchó.

Yo salí disparado hacia el frente a golpear la puerta, no quería que se hiciera de noche puesto que no sabía cómo el hombre podría reaccionar. Golpeé fuerte y esperé. Nadie acudió. Golpeé otra vez y por fin alguien se asomó por la ventana adjunta. La puerta se abrió y frente a mí se encontraba un hombre alto, de casi dos metros, flaco como una lombriz pero con una panza redonda sobresaliente. Tenía ojos claros y el pelo al ras. Me miró serio desde arriba.

–¿Tú quién eres? –dijo con el ceño fruncido (como quien dice... ¡qué quieres!). Me presenté y le dije porque estaba ahí.

–Mmm... ya veo –dijo en el mismo tono–. ¿Y qué le paso a tu cara, estas rojo como nalga recién abofeteada? –preguntó curioso pero con la misma seriedad. Su comentario me causó gracia pero no dije nada.

–Es que estuve esperándolo afuera con el jardinero toda la tarde –comenté. El hombre no dijo nada, solo estaba ahí parado mirándome fijamente a los ojos con su rostro como piedra.

–Pasa –dijo a continuación–. Necesitas alguna crema para eso. Te daré un poco.

–¡No, no, no hay problema, no tiene de que preocuparse, gracias de todas formas! –dije para no dilatarlo en el tiempo puesto que solo quería dejarle la encomienda e irme cuanto antes. El hombre bajo su mirada a la altura de la mía y me escudriñó los ojos de cerca.

–Dije que entres que te daré crema para esas quemaduras –dijo en un tono más alto.

–Bueno... está bien... pero de verdad no tiene porque molestarse –comenté como si nada para que no se alterase. Además no quería que Alessio recibiera malos comentarios de su parte. Entonces accedí.

Nos encaminamos a un área que quedaba al otro lado de la casa. Era una cocina enorme, hasta contaba con un área de entretenimiento con sofás y televisión. También había una mesa alta para desayunar y un comedor. Me ofreció asiento en el sofá mientras traía la crema. Desde allí pude ver a través de unos altos ventanales la parte de tras de la casa que daba al parque en el que había estado todo el día bajo el sol sin darme cuenta.

–Dices que tienes algo para mí de Alessio –dijo mientras me daba la crema. Luego se sentó justo en el sofá que estaba situado frente a mí.

–Sí, es esta caja –contesté y se la alcancé.

El hombre procedió a abrirla sin miramientos delante de mí. Buscó dentro y sacó un papel. También una pieza pequeña que inmediatamente se guardó en el bolsillo. El hombre se reclinó hacia atrás y una vez acomodado procedió a la lectura del papel. Balbuceó las líneas y una vez acabó hizo un bollo con el papel y lo arrojó a un basurero que estaba en diagonal a nosotros, embocándolo justo dentro. Entonces me miró y comenzó a reír.

–¡Pareces un fantasma! –dijo señalando mi rostro entre risas. Al parecer me había puesto mucha crema. Se puso de pie y buscó una servilleta que humedeció con agua y me entregó. Entonces comencé a limpiarme.

–¡No, no es para que te limpies, así está bien, es para que te la coloques en la frente porque estas a punto de tener temperatura! —exclamó de repente como dándome una orden. Yo me quedé paralizado. Pero tenía razón, comencé a sentirme descompuesto. El sol me había afectado tal como el jardinero me había dicho.

–Debo irme –dije entonces.

–¡De ninguna manera, de aquí no sale nadie! –dijo el hombre tajante—. ¡En esas condiciones no puedes manejar!, ¡Que va a pensar Alessio, que soy un patán! –dijo casi a los gritos.

Quería resistirme pero la verdad es que no me sentía nada bien y estaba empeorando.

–¡Hoy te quedas aquí, eres mi invitado! –dijo finalmente como punto final.

Le dije que sí y le agradecí mucho su compasión.

–¿Compasión? ¿Compasión? ¿Qué sabes tú de eso muchachito? –dijo en un tono más normal— ¡Si lo que das es lástima, por eso te quedas en mi casa!

Yo lo miré y reí puesto que lo había dicho de tal forma que me había sonado gracioso. El hombre mostró una leve sonrisa pero la ocultó rápidamente. Entonces llamó a alguien y apareció una señora.

–Ella es mi compañera Sofía –dijo. Era una señora de unos cincuenta años, de tamaño medio y ojos azules color cielo. Su pelo era castaño claro y lo llevaba recogido. Era más bien flaca, pero no desnutrida.

–¡Hola!, ¿como esta? –dije con un poco de pena y me presenté.

–¡Yo estoy bien, pero veo que tu estas un poco mal! –dijo en un español rebuscado.

–Se insoló–dijo Harbi.

–El señor quiere que me quede pero la verdad es que...

–No digas una palabra más, así no puedes salir a la calle –dijo la señora interrumpiéndome—. Además mira la hora que es, ya es muy tarde.

El hombre refunfuñó disgustado por mi insistencia en irme.

–Ven, te mostraré el cuarto en el que te quedarás –me indicó la señora y me condujo a la planta alta de la casa. Me mostró el cuarto y me dijo que volvería con medicina. Use el baño, me quité los zapatos y me tendí sobre la cama exhausto. Me dolía la cabeza y la cara me ardía muchísimo. Al rato la señora llegó con un plato y en él había un ungüento que olía a hierbas. Me lo frotó por la cara y la

sien y me puso un paño con agua fría en la frente. Yo me sentía mal pero igualmente estaba abochornado por la situación. Le agradecí una y otra vez su hospitalidad.

–No hay de qué preocuparse, mañana estarás mejor y ya podrás irte –dijo de una manera muy dulce–. Ahora descansa. Remoja el paño en agua de vez en cuando y colócatelo en la frente, te ayudará a bajar el calor.

Asentí y le di las gracias otra vez.

–Nos vemos mañana –dijo la señora Sofía en un tono agradable. Pero después cambió y agregó trémula–; Que tengas lindos sueños.

Su cambio repentino me sorprendió pero no tenía fuerzas para atender a eso. Me acomodé así como estaba, vestido y me dormí al instante. Después sentí tanto frío que desperté. Estaba empapado en sudor. La lámpara estaba apagada pero la luz de la luna entraba con fuerza por el ventanal e iluminaba todo. Me levanté con cuidado y fui al baño, quería refrescarme la cara y la nuca. Llegué al baño con mucha dificultad puesto que me sentía liviano, inflado como un globo, como si estuviera flotando. Prendí la luz, abrí la llave y me remojé un poco la cara, pero entonces me sucedió la cosa más extraña que jamás había vivido. ¡El agua no mojaba, no tenía humedad, parecía un líquido como el mercurio! Pensé... «¡Estoy volando en fiebre!» Salí horrorizado del baño y entonces lo peor; ¡me vi durmiendo! Entonces un terror intenso que sentí en la boca del estómago me jaló con un poder descomunal y me lanzó sobre mí mismo, es decir, sobre el yo que estaba durmiendo. Entonces desperté sobresaltado sobre la cama con aquella última visión. Me incorporé rápidamente del susto y miré a mi alrededor, para mi total desconcierto la luz del baño estaba encendida y el agua de la llave corriendo.

Esa noche no pude seguir durmiendo pensando en aquella extraña experiencia. No obstante, me sentía mejor y quise irme pero no era posible por cuestiones obvias. Ya estaba allí y debía esperar a que amaneciera.

Al día siguiente todavía no me pude ir sin un desayuno de por medio al que me sentí obligado a tomar con Harbi y su esposa Sofía. Entonces hablando de cualquier cosa les comenté sobre el sueño que había tenido de madrugada.

–Eso no fue un sueño –dijo Harbi después de escuchar atentamente el relato.

–¿Qué otra cosa pudo haber sido? –pregunté entonces.

–Fue un sueño consciente–dijo.

–¡Si, si eso mismo! –dije pues tenía razón. No había sido un sueño tan común y corriente como uno podía esperar.

–El poder abrumador de un sueño consciente puede fácilmente tambalear la descripción del mundo y tirarla por el piso –agregó después.

–El mundo no es una cuestión de «descripción»–intervine–, sino de realidad.

–¡De realidad! –exclamó Harbi desafiante–. ¿Cuál es la realidad?

–Pues... ¡esta! –exclamé– ¿Cuál otra?

–¿Y cómo calificas tu experiencia de anoche entonces?

–Como una anomalía, algo inusual.

–Lo de anoche y lo de ahora mismo es tan real como cualquier otra cosa –dijo.

–¿Estar en dos lugares a la vez?... ¡Eso no puede ser de ninguna manera real! –comenté, firme en mi opinión.

–¡Con que esa es la terquedad, ¿no?! ¡Muy bien, le diré a Sofía que venga para que me ayude con esto! –dijo y comenzó a gritar a la señora Sofía que hacía unos instantes se había levantado a buscar algo a la cocina–; ¡Sofía!, ¡Sofía!, ¡ven aquí!, ¡el chico esta testarudo!

Sus gritos repentinos me sorprendieron, pero a la vez me pareció tan gracioso que comencé a reír por lo bajo, pero no pude contenerlo más y exploté a reír a carcajadas. Cuando miré a Harbi, él también estaba riendo con ganas. En eso, Sofía acudió rápidamente a la mesa. Traía unas tostadas en un plato.

–¡Qué son esos gritos!... ¿Pero de qué se están riendo? –preguntó curiosa.

–¡Es que el muchacho no cree que soñar consciente sea posible, y por eso dice que no es real!, ¿tú puedes creer eso? –le comentó a Sofía todavía entre risas.

Lo miré descolocado.

–¡Bueno, no puedes pretender que de un día para otro acepte algo así! –comentó ella como si fuera un tema común y corriente entre ellos.

Los miré extrañados y me puse de pie. Ya era suficiente para mí. Les dije entonces que debía irme y les agradecí su hospitalidad. Harbi seguía sentado frente a mí y ella a un costado.

–¡Ya ves a lo que me refiero! –dijo Harbi indicando el lugar en el que yo estaba sentado. Entonces quedé estupefacto. ¡Ahí estaba yo sentado frente a Harbi! No me podía mover, estaba petrificado percibiendo la escena sin poder creer lo que estaba sucediendo.

–Ya es suficiente, deja al muchacho tranquilo –dijo la señora Sofía. Entonces perdí la visión del yo parado mirando la escena atónito y la recuperé en mi otro yo, o el yo mismo, sentado en la silla. Abrí los ojos, los miré aterrado a los dos y me puse de pie de un salto.

–¿Qué es todo esto?, ¿Qué me están haciendo? –reclamé pavoroso.

–¡Tranquilo hijo, tranquilo! –dijo la señora en un tono apacible y se acercó a mí para contenerme– ¡Estas bien, no te alteres!

–¡Lo siento debo irme! –dije imperativo.

En eso Harbi se puso de pie como pudo puesto que estaba doblado de la risa. Se estaba muriendo a carcajadas. Estaba todo colorado y las lágrimas se le salían despedidas.

–¡Esta bien, no hay problema si te quieres ir, pero tranquilízate! –dijo la señora en el mismo tono afable y sereno.

La miré en silencio, en estado de alerta.

–No te estamos haciendo nada. Lo que pasa es que Harbi es de la vieja escuela y siempre va directo al grano. No te deja pensar.

Me explicó algo incomprensible a continuación.

Yo estaba confundido.

–Ven, te acompañare a tu automóvil y te lo explicaré mejor –dijo. Yo accedí pues estaba más tranquilo, y pensé en el intenso terror que había experimentado segundos antes, ahora me sentía más tranquilo y con una gran curiosidad por lo que había pasado.

–Harbi te dio una lección sobre «la realidad»–comenzó diciendo–. Te demostró que la realidad es una descripción, y que esa descripción depende en gran medida del número de personas que están de acuerdo con ella. Pero a veces una o dos personas con gran poder pueden fácilmente interrumpir ese flujo incesante de interpretaciones que mantiene viva la descripción y detenerla, por así decirlo. Entonces, ocurren las experiencias como la de anoche o la que hace unos instantes tuviste. El mundo que conocías desapareció, al menos temporalmente, y experimentas una descripción diferente, «la otra realidad». Pero como no estás acostumbrado a percibir de esa otra forma, entonces te ves afectado así como tu estas ahora.

–Harbi llamó a esa otra realidad «soñar consciente»–comenté.

–Así es como usualmente la llamamos, pero una vez que conoces el secreto la puedes llamar como quieras. Le decimos soñar consciente porque estas en un estado de ensoñación pero sin perder la conciencia. ¡Una cosa de locos para la razón! –dijo y mostró una amplia sonrisa como satisfecha por «esa» locura.

–¿Y qué fue de la experiencia de anoche? –pregunté.

–¿A qué te refieres exactamente?

–Digo... ¿Cómo fue que ocurrió?, ¿Qué la causó?

–¡Aja! ya entiendo –dijo–. Eso fue porque tenías fiebre.

La miré más confuso que antes.

–Verás –dijo atenta a mi confusión–; cualquier cosa que interrumpa el flujo incesante de interpretaciones que mantiene activo al mundo tal como lo conoces es suficiente para producir el mismo efecto. Para el caso es igual la fiebre alta como el dolor intenso, la tristeza profunda, el hambre, movimientos frenéticos, el alcohol, las drogas, y nuestra práctica predilecta; «la contemplación».

Solo la miré, no hice preguntas.

–Cuando se alcanza cierto umbral –continuó diciendo–, la realidad que creías absoluta se muta, por así decirlo, y entras en la otra realidad, percibes el «otro lado», que en definitiva es el mismo lado, es una forma diferente de percibirlo, ¡pero sobre todo de hacer conciencia, que es el principal punto de la experiencia! –agregó enfática, connotando con ello su nivel de importancia sobre cualquier otra cosa.

Quedé impactado con la manera tan clara y precisa de explicarme todo aquello. No entendí mucho pero lo suficiente. Se despidió de mí y me dijo que volviera a visitarlos, que podrían enseñarme mucho más al respecto. Asentí en un gesto de respeto y me encaminé hacia el automóvil que estaba estacionado en un lateral de la casa, frente al garaje. De pronto, justo en el momento de abrir la puerta para entrar en el auto, sentí que alguien tocó mi hombro y cuando me volteé, era el jardinero. Estaba parado allí con una gran sonrisa.

–¿Qué paso, no encontraste nadie ayer? –preguntó.

–No, es que... es una larga historia. En este momento, tengo que irme–dijo ya que quería salir de ahí en ese mismo instante. Estaba completamente agotado.

–Pues toma mi tarjeta –dijo el hombre y sacó de su bolsillo una y me la entregó– ¡Uno nunca sabe las vueltas da la vida!

La tomé por compromiso y salí disparado del lugar.